

## SADE Y LA REVOLUCION

JEAN PAUL MARGOT

"La insurrección,..., no es un estado moral; no obstante, debe ser el estado permanente de una república sería, por lo tanto, tan absurdo como peligroso exigir que aquellos que deben mantener la perpetua alteración (ébranlement) inmoral de la máquina, fuesen ellos mismos seres muy morales, porque el estado moral de un hombre es un estado de paz y tranquilidad, mientras que su estado inmoral es un estado de movimiento perpetuo que lo aproxima a la insurrección necesaria, en la cual es preciso que el republicano conserve siempre al gobierno del que es miembro".

D.A.F. de Sade, Français, encore un effort si vous voulez être républicains (1795).

"...Sade, maestro de los grandes temas del pensamiento y de la sensibilidad modernos,...".

M. Blanchot.

Se ha dicho que la toma de la "Bastille", de la cual, según lo relatara su contemporáneo Restif de la Bretonne:

"Sade fue sacado, con una larga barba blanca, el 14 de julio de 1789"<sup>1</sup> no tuvo en realidad el significado que se le suele otorgar, si bien pocos acontecimientos han adquirido tanto valor simbólico como la demolición insurreccional de una prisión identificada por el imaginario popular con el acto revolucionario por antonomasia. De hecho, de acuerdo al propio Sade, la toma de la "Bastille" no sería más que un malentendido que él mismo habría originado. El 2 de julio de 1789, al verse privado de su derecho a pasear diariamente por las torres de la "Bastille" -los cañones habían sido cargados, debido a graves disturbios en el barrio San Antonio- el Marqués de Sade empieza a arengar

---

<sup>1</sup> Tomado de: Maurice Blanchot, "Restif de la Bretonne" (1949), in Sade et Restif de la Bretonne, Bruxelles, Ed. Complexe, 1986, p. 105.

a los transeúntes desde la ventana de su celda. Valiéndose, a guisa de altavoz, de un tubo que servía para el desagüe, grita que "se degollaban a los prisioneros" y lanza invectivas contra el rey, la Reina -a quien describe como la primera puta de Francia- el gobernador de la "Bastille" y altas personalidades del Antiguo Régimen<sup>2</sup>. El resultado de este incidente fue su traslado al día siguiente a "Charenton", lo cual le impidió presenciar el comienzo simbólico de la Revolución que instauró la Modernidad.

El incidente protagonizado por el desenfrenado preso de la "Bastille" no sólo retardó nueve meses su liberación, el 2 de abril de 1790, después de que la Asamblea Nacional Constituyente emitiera, el 13 de marzo, un decreto para rescindir las "lettres de cachet"<sup>3</sup>, sino que selló el destino de su obra literaria, que es el reflejo de la vida de quien estuvo encerrado durante tres décadas, bajo dos Reyes, una República y un Imperio:

"Cuando la cerradura cedió y la sublevación liberadora invadió los corredores, el calabozo de Sade estaba vacío y el desorden del momento tuvo esta consecuencia: los manuscritos del marqués, dispersos, se perdieron; desapareció el manuscrito de los Ciento veinte días... (libro que en un sentido domina a todos los libros, al ser la verdad del desencadenamiento en que el hombre, en el fondo, consiste, aunque se vea obligado a contenerlo y a callar); la revuelta de la Bastilla, en vez de liberar a su autor, extravió el manuscrito de ese libro que significa por sí solo -o por lo menos fue el primero en significarlo-, el horror de la libertad. El 14 de julio fue verdaderamente liberador pero al modo oculto como libera un sueño"<sup>4</sup>.

Por un funesto azar Sade, a quien deberíamos la toma de la "Bastille", fue su primera víctima. No exageraba cuando calificaba la pérdida de sus manuscritos como "la peor desgracia que podía reservarme el cielo...". De ahora en adelante su vida literaria, la única

---

<sup>2</sup> Durante la Revolución Sade se refirió en varias oportunidades a este incidente como una prueba de su civismo; ver, G. Bataille, *La Literatura y el Mal* (1957), Madrid, Taurus, 1971, p. 138, nota 4.

Fortaleza edificada a partir de 1370, durante el reinado de Carlos V, y transformada en prisión por Richelieu, la "Bastille" no albergaba a más de siete presos cuando fue tomada por el pueblo de París, que buscaba adueñarse de la pólvora que se encontraba almacenada ahí. Entender cómo este acontecimiento menor pudo convertirse en símbolo de la victoria del pueblo sobre la tiranía, es un problema historiográfico que el presente artículo no considera. Ver nota 6.

<sup>3</sup> La "lettre de cachet" era una carta que llevaba el sello del Rey y contenía una orden de encarcelamiento o de exilio sin juicio. Ver: *Le désordre des familles. Lettres de cachet des Archives de la Bastille*, présenté par Arlette Farge et Michel Foucault, Paris Gallimard, Julliard, Coll. Archives, 1982.

<sup>4</sup> G. Bataille, *Op. Cit.*, pp. 138-139; sobre la "pérdida" de los manuscritos de Sade, ver *ibid.*, p. 139, nota 5

vida que le quedaba para satisfacer su pasión por una libertad imposible, está dominada por la constante preocupación de remediar parcialmente el extravío de su obra maestra. Sin embargo, su experiencia de la ESCRITURA que lo llevó a publicar, en 1797, su suma: *La Nouvelle Justine, ou les Malheurs de la vertu. Suivie de l'Histoire de Juliette, sa soeur*, no fue solamente una revancha contra la peor desgracia que le había podido reservar el cielo: también sirvió de pretexto para detenerlo por última vez, y recluirlo a perpetuidad como enfermo mental en Charenton.

Como se sabe, Sade participó activamente en la Revolución. Menos de tres meses después de ser liberado, se hace miembro, el 1 de julio de 1790, de la Section des Piques -igualmente llamada Section de Robespierre-. Reconocido como un "aristócrata reformado" -los miembros de su sección todavía se dirigen a él usando su título del Antiguo Régimen, lo cual ha incitado al historiador Jacques Cabanés a caracterizarlo como "el único marqués vivo bajo el gobierno de Robespierre y Fouquier"-, es nombrado "Comisario para los hospitales": ¡oh ironía, Charenton, donde estuvo preso y donde terminará su vida, cae bajo su jurisdicción! El 2 de noviembre de 1792 lee su Idée sur le mode de sanction des lois: en ella desarrolla la tesis de una sanción necesaria por el pueblo entero para cualquier decisión, que goza de tal acogida que merece su reproducción y envió a las demás 47 Secciones. Luego de regodearse con su nombramiento como jurado acusador en un asunto de falsificación de papel moneda (assignats), pronuncia, el 29 de septiembre de 1793, la oración fúnebre de J-P. Marat, asesinado por C. Corday, y presenta en noviembre un proyecto para bautizar las calles de París con nombres revolucionarios. Pero en esa época Sade ya se había distanciado de Robespierre, por considerar que las ejecuciones llevadas a cabo durante el Reinado del Terror eran "inhumanas" y "horribles". La ruptura se produce poco después de que fuera nombrado Presidente de la Section des Piques, de la que había sido Secretario y que tenía a su cargo los juicios de condenados en potencia. El 2 de agosto se niega a decretar una sentencia de muerte, renuncia a la presidencia y abandona la sala de reuniones gritando a voz en cuello: "¡Oh, dioses, he terminado con todo eso!".

Víctima de su moderación, después de la caída de los Girondinos en junio de 1793, es arrestado el 8 de diciembre y encarcelado sucesivamente en "Madelonnettes", "Carmes", "Saint-Lazare" y, finalmente, en "Picpus" a donde es transferido el 27 de marzo de 1794 "por razones de salud". El 8 termidor año II (26 de julio de 1794), Antoine-Quentin Fouquier-Tiville, fiscal público del Tribunal criminal extraordinario y revolucionario presenta cargos contra 28 acusados, entre los cuales figura Sade, quien "no dejó de combatir al gobierno republicano sosteniendo en su sección que este gobierno era impracticable"<sup>5</sup>. Este, debido a sus constantes traslados de prisión a prisión, no puede ser encontrado por el ujier del tribunal y escapa a la guillotina cuya cuchilla pone fin al Terror cuando, el 10 termidor, Maxi-

---

<sup>5</sup> Tomado de: Gilbert Lély, Sade. Etudes sur sa vie et sur son oeuvre, París, Gallimard, Idées, p. 168.

millien Robespierre, en compañía de Dumas, Couthon, Hanriot, Saint-Just, Payan y otros 16 partidarios suyos, es ejecutado en la "Place de la Revolution". La máquina inventada por el médico Joseph-Ignace Guillotin había sido instalada desde la primavera de 1794 en la "barrière du trône"<sup>6</sup> y el jardín de Picpus servía de fosa común para los cadáveres de los ajusticiados. Sade escribirá, el 21 de enero del año siguiente:

"Mi detención nacional, la guillotina ante los ojos, me ha causado más daño que el que me hicieran todas las bastillas imaginables".

Puesto en libertad el 15 de octubre de 1794, el Marqués se dedica aún más a su actividad literaria. Desde 1790 había ofrecido a los "Comédiens Français" varias obras de teatro. Después de muchas dificultades, una sola será estrenada, *Oxtiern ou les Malheurs du Libertinage*, el 22 de octubre de 1791, en el Teatro "Molière". En el campo de la novelística, en cambio, su actividad resulta muy exitosa. Sus principales obras son publicadas entre 1791 y 1800. Ante todo, la primera edición de *Justine ou les Malheurs de la vertu*; después, en 1795, *Aline et Valcour*, *La Philosophie dans le boudoir*; en 1797, *La Nouvelle Justine, ou les Malheurs de la vertu. Suivie de l'Histoire de Juliette, sa soeur (ou les Prospérités du vice)* y, en 1799-1800, *Les Crimes de l'amour. Nouvelles héroïques et tragiques; précédées d'une Idée sur les romans*. Según Restif de la Bretonne y Sébastien Mercier, la venta de *La Nouvelle Justine* y *Juliette* fue pública y muy activa entre los librereros del "Palais Royal", hasta que se instalara la reacción moral del Imperio. En agosto de 1801 Sade es arrestado en casa de su editor, el librero Massé. Comienza, entonces, el último período de su vida: después de dos años de detención administrativa en "Sainte-Pélagie" y "Bicêtre", es transferido en abril de 1803 a "Charenton" donde muere el 2 de diciembre de 1814. El sospechoso papel del editor -tan culpable como el autor, éste no permanece encarcelado más de 24 horas-, quien comerciaba con grabados y obras obscenas bajo la mirada complaciente de la policía, al igual que unos flagrantes errores en el informe del Prefecto de policía Dubois -afirma, por ejemplo, que Sade se aprestaba a publicar *Juliette*, cuando la primera edición es de 1797- hicieron pensar que la orden de detención había tenido otros motivos que la composición de novelas inmorales y escandalosas. Es así como, conforme con cierta tradición demasiado alegórica, Simone de Beauvoir ve su causa en un panfleto, *Zoloé et ses deux Acolytes*, que ataca con bastante ferocidad al mundo del Directorio:

"Es tan desdichado en el mundo de los hombres llamados libres, que cabe

---

<sup>6</sup> La "barrière du trône" -hoy "place de la nation"- era una de las cuarenta y cinco puertas, o fielatos, establecidas a la entrada de París para recaudar el impuesto de consumos. En París, por razones fiscales y para controlar mejor los márgenes de la ciudad y los marginales (marginiaux) que vivían en ella, la administración -detestada- de la "Ferme générale" hace levantar entre 1785 y 1788 un muro ("mur d'octroi") que cerca la capital de Francia: ver, Annie Jacques/Jean Pierre Mouilleseaux, *Les architectes de la liberté*, París, Gallimard, Découvertes Architecture, 1989, p. 23. Dos días antes de la toma de la "Bastille", el pueblo sublevado de París incendia esos "templos del orden fiscal". Este fielato será suprimido el 1 de mayo de 1791.

preguntarse si no prefirió que lo condujeran de nuevo al amparo seguro y solitario de la prisión. Por lo menos, escribe en 1955, la imprudente circulación de Justina y la locura de publicar Zoloé, donde alude a Josefina, a la señora Tallien, a Tallien mismo, a Barras y a Bonaparte, parece sugerir que la idea de una nueva reclusión no le repugnaba con exceso"<sup>7</sup>.

En realidad, como lo demuestra Gilbert Lély, en su monumental *Vie du Marquis de Sade* (1952-1957), Sade no escribió Zoloé. Quien fuera detenido en 1801 por la policía del Consulado no es el opositor político al nuevo déspota, ni el mártir de la libertad amordazada por dos Reyes, una República y un Imperio; es el

"autor de las novelas eróticas de las dos Justine y Juliette"<sup>8</sup>.

De hecho, la "~~decisión administrativa~~" -el equivalente de la "lettre de cachet" en vigor hasta marzo de 1790-, que pone fin al "último entreacto" de su vida, no condena la "locura de publicar Zoloé" sino la LOCURA DE ESCRIBIR del hombre de letras, cuya obra es una reflexión en acto sobre la libertad y la liberación de los hombres. La conclusión de un artículo publicado en 1965 por M. Blanchot pone al descubierto el verdadero motivo que sirvió de pretexto para el arresto de Sade:

"...encuentro significativo (remarquable) el hecho de que sólo el autor de Justine, y no el adversario político, fue condenado a la reclusión perpetua por la altísima moral del Primer Cónsul, es decir, de la sociedad entera. Pues, sin duda, tal es la verdad de Sade. Una verdad tanto más peligrosa cuanto que es clara, lúcidamente propuesta, simplemente expresada - precisamente en la última página de las *Prospérités du vice* y en la forma más legible: "PESE A TODO LO QUE SE ESTREMEZCAN POR ELLO LOS HOMBRES, LA FILOSOFIA DEBE DECIRLO TODO (A quelque point qu'en frémis sent les hommes, la philosophie doit tout dire)". Decirlo todo. Esa línea sola habría bastado para hacerlo sospechoso, ese proyecto para hacerlo condenar, y su realización para encerrarlo. Y Bonaparte no es el único responsable. Siempre vivimos bajo un Primer Cónsul, y siempre se persigue a Sade, debido a la misma exigencia; decirlo todo, hay que decirlo todo, la libertad es la libertad de decirlo todo, ese movimiento ilimitado que es la tentación de la razón, su deseo (voeu) secreto, su locura"<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> Simone de Beauvoir, *El marqués de Sade (Faut-il brûler Sade?, 1955)*, Buenos Aires, Leviatán, 1956, pp. 38-39.

<sup>8</sup> G. Lély. *Op. cit.*, p. 11; ver también p. 261.

<sup>9</sup> "L'insurrection, la folie d'écrire". in *Op. Cit.*, pp 100- 101. Este artículo fue inicialmente publicado en la N.R.F., 154, en octubre de 1965; bajo el título: "L'inconvenance majeure", sirve de prefacio a: "Fran Çais, encore un effort...", Pauvert, coll. "Libertés", 1965. Retomado en: *L'Entretien infini*, Gallimard, 1969. (Ver El diálogo inconcluso, Caracas, Monte

En 1801, el arresto de Sade fue probablemente solicitado por sus hijos tanto por temor a que dispusiera de sus -magros- bienes en favor de Marie-Constance Quesnet, su amante y compañera desde la época de la revolución, como para hacer desaparecer cualquier huella que recordara a su padre. Los hijos de Sade que habían emigrado hacia 1790, habían regresado a Francia después del 9 termidor. El hecho de que pertenecieran a esta fracción de la aristocracia que el Primer Cónsul quería conciliarse, hizo pensar que, fuera del asunto "zoloé", Bonaparte ordenó la detención de Sade por razones políticas. Ningún sumario, que hubiera servido para procesar al marqués, fue abierto. La arbitrariedad de las medidas tomadas en su contra era evidente, pero no habían sido dadas a conocer públicamente. Además, aún conocidas, nadie las hubiera censurado.

A principios del siglo XIX, la opinión pública veía en la larga reclusión de Sade antes de la Revolución el castigo legítimo de algún crimen mantenido en secreto por su naturaleza misma. Tal opinión aparece reflejada en un informe que redactara el Prefecto Dubois para el Ministro de la Policía:

"Tuve el honor de dar cuenta verbalmente (de rendre compte verbalement) a su Excelencia quien, ya conociendo todos los delitos que Sade había cometido antes de la Revolución y convencido de que los castigos (peines) que un tribunal podría imponerle (qui pourraient lui être appliqués par un tribunal) serían insuficientes y de ningún modo proporcionados con su delito, consideró que era preciso olvidarlo durante mucho tiempo en la casa de "Sainte Pélagie"<sup>10</sup>.

Ante una vida profesional de preso que recubre todo el final del Antiguo Régimen, la crisis revolucionaria y el Imperio, la idea que Sade fue encerrado a causa de su oposición violenta al nuevo tirano y por motivos políticos resulta fascinante. Por encima de la diversidad de los regímenes que lo privaron de su "libertad individual" durante treinta años, cierta alegoría romántica halla en esta detención casi ininterrumpida una esencia inalterable de represión (cualquier gobierno o Estado), que se habría enfrentado, a través de Sade, a una esencia simétrica de Inmoralidad y Subversión: Sade sería, pues, el héroe ejemplar de un conflicto eterno entre libertad y poder. Contra esta lectura que, al suponer el punto de vista supra-histórico, disuelve la singularidad de los acontecimientos en la necesidad continua, y pretende iluminar las figuras sucesivas de una misma significación donde nos podemos reconocer, conviene insistir en el hecho de que la última detención de Sade, de 1801 hasta su muerte, no tiene la misma significación que la que tiene entre 1763 y 1790. "Vincennes", la "Bastille" y la primera estadía en "Charenton" no castigan el libertinaje, sino su insolencia; sus imprudencias habían convertido en un asunto público

---

Avila, 1970, pp. 349-367

<sup>10</sup> Tomado de: Jean-Jacques Brochier, "Sade à notre horizon", in Magazine littéraire (Sade), juin 1976, N° 114 p. 16.

lo que la aristocracia y la Corte se esforzaban por mantener privado. Hasta 1790, la prisión busca preservar el honor de la nobleza -y, por consiguiente, del Rey mismo- y de la familia Sade-Montreuil. "Sainte-Pélagie", "Bicêtre" y la segunda estadía en "Charenton", en cambio, no castigan al representante de una estirpe que se siente burlada y amenazada por la publicidad que un marqués da a sus "costumbres". Castigan un "delito" infinitamente más grave que socava el orden social, al atentar contra los fundamentos mismo del Estado burgués, y que requiere tomar unas medidas proporcionadas con su magnitud. Es, pues, como enfermo mental que el autor de "una obra obscena", cuya "vida privada" se presta a "fábulas"<sup>11</sup>, será recluso hasta su muerte en "Charenton".

"La segunda prisión de Sade, escribe Barthes a fines de 1960, (dentro de la cual está todavía, ya que sus libros no son vendidos libremente) no es ya el acto de una familia que se defiende, sino de una completa maquinaria estatal (justicia, enseñanza, prensa, crítica) que, desfalleciente la iglesia, censura las costumbres y regula la producción literaria. La primera detención de Sade fue segregativa (cínica); la segunda fue (sigue siendo) penal, moral; la primera provenía de una práctica, la segunda de una ideología; la prueba de ello está en que, para encerrar a Sade, fue necesario la segunda vez movilizar una filosofía del sujeto, fundada enteramente sobre la norma y la infracción: Sade fue encerrado como loco por haber escrito libros"<sup>12</sup>.

Irónicamente, Sade es la víctima de su propio engendro, debido al papel que desempeñó durante la revolución en calidad de Comisario para los hospitales. Cuando las puertas de lo que, hasta 1795, fuera una prisión se cierran por última vez detrás del marqués, ya se había realizado la separación entre los enfermos y la abigarrada población de los detenidos por orden del Rey, de prostitutas, sodomitas, insensatos y vagabundos quienes, bajo el cuidado de los Hermanos de San-Juan de Dios, revelaban las afinidades históricas entre sacrilegio, sodomía y locura. Es en nombre de esta separación que Sade, ahora sujeto alienado, es excluido de la sociedad de los hombres y recluso en el mundo de la moral que castiga. Sade es finalmente la víctima de su voluntad reformadora.

Expresión de una nueva sensibilidad social ante la arbitrariedad de la detención política,

---

<sup>11</sup> Sade nunca dejó de protestar contra la injusticia y la arbitrariedad de su detención. En 1804, escribe a Fouché: "Estoy indebidamente privado de mi libertad desde hace casi cuatro años... Las leyes y los reglamentos, sobre la libertad individual nunca han sido tan abiertamente violados como en lo que a mí respecta, puesto que es sin juicio ni acta legal alguno que se persiste a mantenerme encerrado ("sous les verrous"), según dicen a causa de una obra obscena que me atribuyen sin ninguna base ("mal à propos") y también a causa de algunas fábulas ("fables") que la gente se complace en imaginar y aplicar a mi vida privada, todo esto sin fundamento"; tomado de J.J. Brochier, in Magazine littéraire, Op. cit. p. 16.

<sup>12</sup> Roland Barthes, Sade, Loyola, Fourier (1970), Caracas, Monte Avila, 1977, p. 193. El subrayado es nuestro.

pero también de una crítica económica a las formas tradicionales de la asistencia hospitalaria y del temor popular por esos focos del mal que son "Saint-Lazare" o "Bicêtre", esta separación libera a todos, menos a los "locos". Más prisiones que hospitales, las casas de confinamiento, símbolos de la antigua opresión, están ahora reservadas para los "enfermos mentales", aquellos que, como Sade, han perdido el uso de la más alta facultad que existe en el hombre y define su humanidad: la libertad, cuyas formas civiles y jurídicas garantiza la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (26-08-1789). Lejos de desaparecer, los vínculos que atan la "locura" a las culpabilidades morales y sociales se ven reforzados por la "Moralität" de la Aufklärung.

"La Ilustración, dice Kant en 1784, es la salida del hombre de su condición de menor de edad de la cual él mismo es culpable (aus seiner selbstverschuldeten Unmündigkeit). La minoría de edad es la incapacidad de servirse de su propio entendimiento (sich seines Verstandes) sin la dirección de otros. Uno mismo es culpable (selbstverschuldet) de esta minoría de edad, cuando la causa de ella no radica en una falta de entendimiento (am Mangel des Verstandes), sino en una falta de decisión para servirse de él con independencia, sin la conducción de otros. ¡Sapere aude! ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! es pues la divisa de la Ilustración"<sup>13</sup>.

Si el siglo XVIII restituye al enfermo mental la naturaleza humana, el siglo XIX impugna los derechos y el ejercicio de los derechos correspondientes a esta naturaleza. La locura ya no es la superposición de un mundo sobrenatural al orden de la naturaleza; es la "privación" de las más altas facultades del hombre. El enfermo mental, en el siglo XIX, es aquel que ha perdido el uso de las libertades que le confirió la revolución burguesa. Testigo de la naturaleza humana y de sus debilidades, la locura es una variación sobre el tema de los errores de los hombres. En tanto que incapacidad de reconocer lo verdadero es, en términos kantianos, esta forma de ilusión -la ilusión metafísica- que ignora la jurisdicción del "tribunal (Gerichtshof)" que "garantiza la razón en sus pretensiones legítimas" y condena "sus usurpaciones sin fundamento (Grundlose Anmassungen)"<sup>14</sup>. Lejos de liberar a los locos y de restituir la locura a su antigua libertad, el humanismo reformador de las luces y la conciencia de los límites que la razón, erigida en "tribunal", se impone a sí misma en su uso crítico, confiscan la experiencia de la locura en el concepto moderno de enfermedad mental: la incluyen, a la vez, en un saber positivo y en unas estructuras antropológico-humanísticas. Al mismo tiempo que reconoce la plenitud de su naturaleza humana, el siglo XIX hace del enfermo mental un "alienado", ya que éste ha cedido a otros

---

<sup>13</sup> Emanuel Kant, "Respuesta a la pregunta: Que es ilustración?" (1784). in Argumentos, Bogotá, 1986, N° 14-17, pp. 28-29 Traducción de Rubén Jaramillo V.

<sup>14</sup> E. Kant, Crítica de la Razón Pura, Prefacio a la primera edición. Tomado de: Ferdinand Alquié, La critique Kantienne de la métaphysique, Paris, Presses Universitaires de France, Coll. "Initiation philosophique", 1968, p. 8.

el conjunto de las capacidades que la sociedad confiere a todo ciudadano: lo sitúa en una humanidad abstracta sustrayéndolo de la comunidad de los hombres y excluyéndolo de la sociedad concreta. En el nuevo mundo del asilo, donde se realiza esta "abstracción", la locura viene a ser un hecho que concierne esencialmente al alma humana, su culpabilidad y su libertad; de ahora en adelante, se inscribe en la dimensión psicológica de la interioridad. Se establece, así, una confusión, de la que aún no hemos salido, entre lo moral, lo político y lo científico, que transforma la arbitrariedad del "acto administrativo" en un castigo legítimo que condena las "usurpaciones sin fundamento" de la razón.

La sicologización de la locura es un efecto del humanismo reformador -moral y/o político- de las Luces<sup>15</sup>, y del proyecto epistemológico del siglo XIX, que ve en el hombre el sujeto de toda clase de saber y el objeto de un saber posible. La eventualidad, para el hombre, de estar loco, y la posibilidad de ser objeto, se han reunido a fines del siglo XVIII, y este encuentro ha hecho nacer, a la vez, los postulados de la psiquiatría positiva y los temas de una ciencia objetiva del hombre. Tiene su origen en un acontecimiento, más o menos contemporáneo de la Revolución, que atañe a la nueva relación que el hombre establece consigo mismo, con la locura y con la verdad. El hombre ha llegado a ser una especie "psicologizable" cuando su relación con la locura ha sido definida por la dimensión exterior de la exclusión y del castigo, y por la dimensión interior de la asignación moral y de la culpabilidad. Pero esta relación, que funda filosóficamente toda psicología, no ha podido ser definida sino a partir de un momento preciso en la historia de Occidente: el momento en que la confrontación entre la Razón y la Sinrazón dejó de hacerse en la dimensión de la libertad, y cuando la razón dejó de ser para el hombre una ética para devenir una naturaleza. Ahora, el momento en que el conocimiento de la locura abre la posibilidad de una ciencia positiva del hombre es también el momento en que reaparece la Sinrazón, como libertad, discurso y deseo, que se dan como el envés metafísico de la conciencia. Esta inversión es contemporánea de Sade. O, mejor, la obra del marqués manifiesta el equilibrio precario entre la ley sin ley del deseo y el ordenamiento meticuloso de una representación discursiva. Convertida en locura del deseo, la sinrazón, y el nuevo saber que envuelve, revela la extraña contradicción de los apetitos humanos y los límites de la conciencia, el muy tenue soporte de su horizonte, más allá del cual el ser cae en la nada, y la conciencia camina sobre la cuerda floja de su disolución. Amenaza, pues, con poner al descubierto la crisis del Orden clásico como figura moral, política, estética y epistemológica.

El situar la obra de Sade inserta en el contexto cultural que la produjo y al cual nunca dejó de referirse, nos permite, sin desvirtuar la violencia transgresiva de la producción sadiana,

---

<sup>15</sup> "Toda esta psicología, dice Michel Foucault, no existiría sin el sadismo moralizador en el que la "filantropía" del siglo XIX la encerró, bajo las especies hipócritas de una "liberación" "in Maladie mentale et psychologie. Paris, Presses Universitaires de France, coll. "Initiation philosophique". 1962, p. 87.

entender por qué y cómo la sociedad pudo, desde principios del siglo XIX, reducir todo el pensamiento para ella criminal en un solo individuo, condenarlo y encerrarlo en esta anomalía innominable a la que, precisamente, solamente podía convenir un nombre único. Como fenómeno individual que lleva el nombre de un hombre, el sadismo no tiene otra función, para nuestra cultura, que la de caracterizar (significar) un personaje monstruoso: el sádico. El hecho de que denomine una perversión sexual en la cual la satisfacción va ligada al sufrimiento físico o a la humillación (sufrimiento moral) infligidos al objeto, u objetos, de los deseos<sup>16</sup>, no debe hacernos olvidar que fue por referencia a la obra del marqués de Sade que R. Von Krafft-Ebing propuso designar esta perversión con el nombre de "Sadismo".

El individuo Sade es, sin duda, una excepción monstruosa, una existencia totalmente al margen de la humanidad, que se resiste a caer en la objetividad y que se niega, por lo tanto, a ser psicologizada.

"La singularidad de Sade, decía Charles Nodier en 1831, consiste en haber cometido un delitotan monstruoso que no se lo podía caracterizar sin peligro"<sup>17</sup>.

Ahora, el delito, o la locura, de Sade no se debe buscar en los vicios de sus costumbres, que él mismo llamaba sin rodeos con este nombre y donde veía el mero efecto de su constitución, sino en el movimiento de escribir a través del cual explora el exceso de la razón. Escribir es la locura propia de Sade, la forma del deseo en que se manifiesta la negatividad, y se revela la medida de una razón desmesurada que quebranta, para siempre, la norma, la ley, que hubiera podido juzgarlo. De hecho, Sade no fue recluido a perpetuidad en "Charenton" como enfermo mental por su ateísmo o su materialismo, sino por haber escrito libros unos que demuestran la inanidad de la filosofía contemporánea y su verborrea sobre el hombre y la naturaleza. Su "singularidad" consiste en haber producido una obra en la cual queda abolido el lazo del hombre con su ser natural. Excesivo en todo, Sade no puede adecuarse con la ideología naturalista y los compromisos deístas de su siglo. Contra el "espíritu cristiano" que anima la lectura de Pierre Klossowski<sup>18</sup>, quien ve en la negación de Dios la confesión de una necesidad que reintroduce lo que suprime, es preciso reivindicar la realidad y la sinceridad del ateísmo de Sade. Por cierto, antes del Dialogue entre un prêtre et un moribond, que terminó de escribir en Vincennes el 12 de julio de 1782 e inaugura su obra, la existencia de Dios había sido más de una vez negada.

---

<sup>16</sup> Ver "Sadismo", in Jean Laplanche -Jean-Bertrand Pontalis, Dictionario de psicoanálisis Barcelona, Labor, 1983, p. 390.

<sup>17</sup> Tomado de: M. Blanchot, "La Raison de Sade", in Op.cit., p. 65. Este artículo fue publicado inicialmente en Lautréamont et Sade, París, Ed. de Minuit, 1949.

<sup>18</sup> Sade mon prochain, París, Ed. du Seuil, 1947.

Vulgarizado en 1770, en *Le Système de la Nature*, por D'Holbach, a quien Sade reconoce como su maestro, profesado con vehemencia por Sylvain Maréchal a principios del siglo XIX, en su *Dictionnaire des athées*, el ateísmo no deja, sin embargo, de constituirse en una peligrosa doctrina, aún antes del 7 de mayo de 1794 cuando la República francesa se declara deísta y que la Convención aprueba por unanimidad un decreto que declara:

"El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma".

En las obras publicadas bajo los nombres de Voltaire (1694-1778), Diderot (1713-1784) y d'Alembert (1717-1783), la Enciclopedia no vacila en condenar y en pedir la "ejecución" de quienes "perjudican a la sociedad" negando la existencia de un Dios<sup>19</sup>. Acto de provocación en 1782, la ostentación del ateísmo llega, con Juliette, hasta "el sepulcro y el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia", hasta la "cámara del Papa Pío Sexto"<sup>20</sup>. La prueba del ateísmo irreductible de Sade está en que el divino marqués sabe que para liberar al hombre de los "ídolos cristianos" que le imponen la religión y la sociedad, es preciso fundar su autonomía ante la faz del cielo. Si el vértigo del poder y del deseo se despierta cada vez que un ser acepta anularse ante Dios es porque, por ateísmo también se debe entender una rebelión contra la tiranía secular de la Iglesia, contra las prohibiciones sociales que resultan de su omnipotencia, tanto bajo los Reyes, como bajo la República de algún "infame Robespierre": "La religión, dice Sade en *La Philosophie dans le boudoir*, es incompatible (incohérente au) con el sistema de la libertad;..."<sup>21</sup>.

La pretensión de fundar la soberanía del hombre en un inmenso poder de negación encuentra en la idea de Dios y su omnipotencia el soporte del espíritu de destrucción que se identifica, en el sistema de Sade, con la naturaleza. La filosofía de las Luces, responsable de la aparición de la obra de Sade, no está exenta de contradicción y ambigüedad, dividida como está entre D'Holbach y Rousseau, entre ateos y creyentes. Esta contradicción no le pasa desapercibida a Sade, sobre todo después del triunfo de la moral y del deísmo rousseauianos. En 1794, Robespierre presenta al Comité de Salud Pública un documento: "Sur les rapports des idées religieuses et morales avec les principes républicains" donde puede leerse:

"¿Quién te ha dado, pues, la misión de anunciar al pueblo que la divinidad no existe, oh tú que te apasionas por estas áridas doctrinas y que nunca te

---

<sup>19</sup> Ver el prólogo de Maurice Heine a su edición del *Dialogue entre un prêtre et un moribond* (París, Stendhal et Compagnie, 1926): tomado de G. Lévy. *Op.cit.*, p. 200

<sup>20</sup> Ver Julietta, in *Obras completas del MARQUES DE SADE*, México, Edasa, 1978, Tomo II, pp. 160-161. Traducción de Paul J. Gillette.

<sup>21</sup> Marquis de Sade, *La Philosophie dans le boudoir, ou les instituteurs inmoraux* (1795), Edition présentée, établie et annotée par Yvon Belaval, París, Gallimard, 1976, p. 194.

apasionas por la patria?"... "Se trata de considerar solamente el ateísmo como nacional, y ligado a un sistema de conspiración contra la República"<sup>22</sup>.

Se comprende, entonces, que en 1795 Sade pida a los franceses que hagan un esfuerzo más si quieren ser republicanos, cuando la República acude a los mismos argumentos que la Enciclopedia para condenar el peligro que el ateísmo representa para la sociedad:

"Aniquilen para siempre todo lo que algún día pueda destruir vuestra obra... Un esfuerzo más; ya que trabajan para destruir todos los prejuicios, no dejen subsistir ni uno solo, si no hace falta más que uno para traerlos de nuevo a todos. ¡Cómo no estar tanto más seguros (Combien devons-nous être plus certains) de su retorno si el prejuicio que dejan vivir es positivamente la cuna de todos los demás!"<sup>23</sup>.

En la medida en que el siglo XVIII pretendió abolir el reinado de Dios sobre la tierra lo substituyó por otro "ídolo". Ateos y deístas se unen en el culto que rinden a la nueva encarnación del Bien (Ser) Supremo: la Naturaleza. En nombre de lo natural, lo racional se ve desplazado por lo pasional. Desde luego, la naturaleza ha creado todo, es buena y artista, sabe lo que hace; pero es también desigual, imprevisible y proteiforme. Esto explica por qué unos Diderot, Mirabeau -vecino de Sade en "Vincennes"-, Restif de la Bretonne o Chaderlos de Laclos -compañero de detención de Sade en "Picpus"- pertenecen a las Luces y pueden escribir unas obras en las cuales se manifiestan la violencia pasional o el libertinaje, cada personaje dando rienda suelta a sus instintos "naturales". Pero, a diferencia de Sade, con los filósofos del siglo XVIII el hedonismo hunde finalmente al hombre en un mundo natural inmediatamente recogido por un mundo social, que asegura la armoniosa conciliación de los intereses particulares con el interés general. La violencia de las pasiones, la crueldad y el erotismo más licencioso hallan siempre origen en la perversión de la inteligencia o del deseo humano, nunca en su libre espontaneidad; se resuelven con una limitación ordenadora del deseo basada en el postulado de un orden natural que asegura su rehabilitación. Sade es el único en mostrar la sexualidad como egoísmo, tiranía, crueldad; en un instinto natural encuentra la incitación al crimen. Aunque juzgar malvada a la naturaleza no era en sí misma una idea nueva, si Sade -quien conocía bien a Hobbes- se destaca entre todos sus contemporáneos, es porque ellos, tras haber denunciado lo malo de la naturaleza, le oponían una moral universal y categórica proveniente de Dios o de la sociedad, cuando la locura del deseo arrojaba a Sade a un vacío que domina de lejos a la naturaleza.

El "delito" tan monstruoso de Sade consiste en haberse atrevido a empujar hasta sus

---

<sup>22</sup> Tomado de Marcelin Pleyne; "La lectura de Sade" (1967), in Teoría de conjunto. Redacción de "Tel Quel" (1968), Barcelona, Ed. Seix Barral, 1971, p. 321.

<sup>23</sup> Marquis de Sade, La Philosophie....Op.cit.,pp. 189 y 194.

últimas consecuencias el postulado de las Luces según el cual todo viene de la naturaleza, y en haber obedecido a sus instintos. Puesto que todo viene de la naturaleza, no hay nada contranatural. ¿Si pertenece a la naturaleza de un volcán entrar en erupción y destruir ciudades, vamos a enjuiciarlo y condenarlo?, pregunta Sade. Ahora bien, cada uno de nosotros es como un volcán que debe poder estallar libremente dando rienda suelta a su naturaleza que viene, ella misma, de la Naturaleza. Las nociones de normal y de patológico se encuentran, por lo tanto, recusadas como otros tantos prejuicios ya que, si todo viene de la Naturaleza, la locura del deseo, los crímenes insensatos y las más irrazonables de las pasiones pertenecen al orden de la Naturaleza. Lejos de adecuarse a la ideología naturalista de su siglo, la irónica justificación racionalista y lírica de Rousseau aparece como el despido dado a la naturaleza, y permite que el hombre tome la medida de su total libertad y tenga acceso a la felicidad. A la pregunta: "¿Crees en un Ser Supremo?", que le hace la Presidenta cuando se somete al interrogatorio de rigor para unirse a la Sociedad de los Amigos del Crimen, Juliette contesta:

"Sólo creo en la naturaleza, cuya voz amable dicta todas nuestras acciones, y que nada prohíbe que pueda hacer felices a sus criaturas"<sup>24</sup>.

Movimiento ilimitado que es la tentación de la razón, su deseo secreto, la libertad de "decirlo todo" crea una obra escandalosa. M. Blanchot, en un agudo estudio publicado en 1949, ve la fuente de este escándalo, al igual que el fundamento de la obra entera, en "la preferencia de un individuo aberrante"<sup>25</sup>. La fórmula, que contiene las dos palabras individuo y aberración, es perfecta.

Cualquier historia de la filosofía enseña que entre el siglo XVII y el siglo XIX o, más específicamente, entre Descartes y Hegel, se pasa de las filosofías de la conciencia a las filosofías de la conciencia de sí. Estas se apoyan en la noción de individuo, después de inmolar al hombre representante de su especie y testigo de la naturaleza. El siglo XVIII, aún en sus más atrevidas exploraciones materialistas, está enteramente del lado de aquéllas. Deístas o ateos, Voltaire o D'Holbach, todos sustituyen la metafísica de Dios por la metafísica del Hombre. La "singularidad" de Sade consiste en que es el único que se sitúa resueltamente del lado de la conciencia de sí, clamoreando así el fin de la filosofía de las Luces y de todo el pensamiento de su siglo. Si la razón de Sade se sabe más razonable que la simple razón positiva, o Entendimiento, es porque, sumido en la historia de su tiempo por una detención casi ininterrumpida que franquea la enorme mutación llevada a cabo por la Francia moderna, y a causa de su participación en la Revolución, el autor de Juliette sabe que el motor de toda acción es la negatividad, que se manifiesta bajo la forma del deseo. Sabe, también, que no se debe confundir al deseo con el goce, el segundo matando al primero. Muchos teóricos de la felicidad ya lo habían advertido en su siglo, para llegar a una

<sup>24</sup> Ver Julieta. in Obras completas..., Op.cit..Tomo II, p 133.

<sup>25</sup> M. Blanchot. "La Raison de Sade", in Op.cit., p. 64.

supresión o a una limitación ordenadora del deseo: a lo largo del siglo XVIII las pasiones no tienen buena reputación. Sade se decide por el camino inverso, el de la Fenomenología del Espíritu, que los herederos de la diosa Razón sepultaron durante un siglo y medio bajo las falsas promesas de una felicidad siempre diferida.

Desde luego, el horror nunca desmentido que siente por el confinamiento y la soledad -"creo que jamás hubo vértigo semejante al de las prisiones"- desdice de cualquier suposición según la cual Sade prefirió el "amparo seguro y solitario de la prisión" a la desdicha en que lo encuentra hundido el ocaso de un siglo cuya cultura está centrada en la felicidad. Ahora, no es fortuito que a partir de 1945 el nombre de Sade esté asociado con el confinamiento y que su obra esté dominada por las imágenes de la fortaleza, de la celda, del subterráneo, de la isla inaccesible, que constituyen después de Auschwitz el lugar natural de la sinrazón.

Leer a Sade en la Francia de los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial es abrir la naturaleza humana a la conciencia de sí, es ver en el sadismo una posibilidad que concierne a la humanidad entera. Obra de una locura que explora el exceso de la razón a través del movimiento ilimitado de la escritura, producto de una enfermedad que era el signo de su libertad, la "filosofía" de Sade es un diagnóstico de la condición humana moderna:

"Si la ignorancia y la inhibición (refoulement) no se hubiesen apartado, durante cinco generaciones, de las obras del marqués de Sade, si el hombre, esclavo y verdugo, hubiese consentido a reflexionar sobre las atroces posibilidades que encierra su naturaleza y que nuestro autor, el primero, tuvo la lucidez de concebir y la osadía de revelar, tal vez el innominable periodo que va desde 1933 hasta 1945 no hubiese llegado a mancillar para siempre el carácter de la raza humana, ni la hubiese predispuesto a las sangrientas idolatrías a las que no parece de ninguna manera próxima a sustraerse"<sup>26</sup>.

En 1797, cuando fueron publicados *La Nouvelle Justine* y *Juliette*, gracias a las novelas de Sade y a los *Cardoville* o *Minsky*, personajes en los que podía reconocer la imagen de su propia crueldad, la sociedad tenía la posibilidad de "volverse mejor" después de ocho años de orgasmos sangrientos. La descripción de esos "gustos singulares", que Sade toma como el punto de partida de su filosofía y el principio-fundamento de toda razón, debía:

"abrir la conciencia a la representación de lo que el hombre es verdaderamente (vraiment)"<sup>27</sup>.

Es más, después de que las Luces multiplicaran los poderes políticos de la razón, los

---

<sup>26</sup> G. Lély, *Op.cit.*, p. 176.

<sup>27</sup> G. Bataille, *Les larmes d'Eros* (1961). París, 10/18, 1978, p. 108.

hombres del siglo XIX no tardaron mucho antes de preocuparse por la relación, que adivinaban de modo aún confuso, entre la racionalización de la sociedad y ciertas amenazas que pesaban sobre el hombre y su libertad, sobre la especie y su supervivencia. Por ello, si el pensamiento no se hubiera sustraído ante esta representación de "lo que el hombre es verdaderamente (vraiment)", no habría sido necesario esperar los campos de concentración para advertir la relación que existe entre la "racionalidad de lo abominable" y la racionalidad de lo ordinario. El destino literario de la obra sadiana, esa clandestinidad casi bicentenaria, quiso, sin embargo, esperar los estudios de Klossowski, Bataille y Blanchot<sup>28</sup> para empezar a tomar en serio, hacia los años 1947-1949, la pretensión de buscar el sentido de la condición humana, y de descifrar su suerte, en la filosofía de un "individuo aberrante" que no deja de reconocer "los vicios de sus costumbres" en el principio de la razón misma. Si la conciencia humana no se hubiese apartado de las obras del marqués... Pero, ¿acaso no se leyó a Sade durante cinco generaciones?

En realidad, aún cuando su nombre, sobre todo con la reacción moral del Imperio, sólo aparece para ser maldito, la obra literaria de Sade alimentó subterráneamente las lecturas y el pensamiento de muchos escritores a lo largo del siglo XIX: al igual que el diablo está presente por doquier, pese a permanecer oculta. El siglo burgués repudia a Sade, pero Balzac, Vigny, Chateaubriand, Flaubert, Borel, Lamartine o Baudelaire le deben mucho. Ya en 1843 Sainte-Beuve escribe en la *Revue des Deux Mondes*:

"Me atrevería a afirmar, sin temor a ser desmentido, que Byron y Sade (pido perdón por el paralelo) han sido los dos más grandes inspiradores de nuestros modernos, el uno ostentoso (affiché) y visible, el otro clandestino, -no tan clandestino"<sup>29</sup>.

Poco más de un siglo después, la obra escandalosa de ese "inspirador" no tan clandestino de los modernos se convierte en la piedra de toque donde vienen a probarse las lecturas contemporáneas:

"Me pregunto, dice Jean Paulhan en 1946, cuando veo a tantos escritores de nuestros días, tan conscientemente dedicados a rechazar el artificio y el juego literario en beneficio de un acontecimiento inefable -del que se procura que no ignoremos que es a la vez erótico y espantoso-, preocupados por defender en cualquier circunstancia lo contrario de la Creación, y siempre ocupados en buscar lo sublime en lo infame, lo grandioso en lo subversivo, exigiendo además que toda obra haga tomar postura y comprometa a su autor..., me pregunto digo si en un temor tan extremado no debería buscarse más un recuerdo que una invención, si no hay más memoria que ideal, y, para abreviar, si nuestra

---

<sup>28</sup> Ver M. Blanchot. "La Raison de Sade", in Op. cit., p. 64.

<sup>29</sup> Tomado de: Pascal Pia, "Lire Sade au XIX", in Magazine Littéraire, Op.cit., p. 21.

literatura moderna, en la parte que nos parece más viva -la más agresiva en todo caso- no se encuentra en su totalidad vuelta hacia el pasado y muy concretamente determinada por Sade..."<sup>30</sup>.

Si el autor de *La nouvelle Justine* y de *Juliette* surge, en 1949, como el "maestro de los grandes temas del pensamiento y de la sensibilidad modernos"<sup>31</sup>, es porque para pasar de la Razón impersonal y abstracta que desprecia la pasión "como una cosa que no es buena, que es más o menos mala"<sup>32</sup>, a una razón sustancia de la historia, que se vale de las pasiones humanas para producirse en el mundo, es preciso leer y entender a Sade. Con el surrealismo y con los estudios de Bataille, Klossowski y Blanchot, la razón excesiva -"hegeliana"- de Sade asume, desde la LITERATURA, la tarea de:

"explorar lo irracional y de integrarlo en una razón ampliada (élargie) que sigue siendo la tarea de nuestro siglo"<sup>33</sup>.

Es a la literatura o, más concretamente, a una obra que explora el exceso de la razón a través del movimiento de escribir, que los nuevos tiempos asignan la misión de pensar las exigencias contradictorias de la modernidad. Es al escritor que nunca creyó en las promesas de felicidad de las Luces y que escogió, con anticipación, el camino trágico de la Fenomenología del Espíritu, que los años 50 y 60 confían la tarea de diagnosticar el presente. Después de ver en el "hombre de letras" el ejemplo de una anomalía monstruosa, a causa de las "pretensiones ilegítimas" de su razón, y de encerrarlo como enfermo mental por y en este delito innominable, el autor de "una obra obscena"<sup>34</sup> aparece como el inventor de un saber nuevo y liberador, que abre la conciencia a la representación -o conciencia de sí- de lo que el hombre es verdaderamente. Trabajo de una razón más grande, que pretende fundar la soberanía razonable del hombre en una inmensa negación que expresa y anula alternativamente las nociones de hombre, de Dios y de naturaleza, para rebasar el plano de la existencia humana y del hombre natural, y afirmar finalmente al hombre integral, "el hombre único en su género", este poder de negación que persigue la

---

<sup>30</sup> Jean Paulhan, Prólogo a: Sade, *Les Infortunes de la Vertu* Ed. du Point du Jour, 1946, pp. 11-12; tomado de: G. Bataille, *La Literatura y el Mal*, Op.cit., pp. 146-147. Los subrayados son nuestros.

<sup>31</sup> M. Blanchot, "La Raison de Sade", in Op.cit., p. 63.

<sup>32</sup> G. W. F. Hegel, *La raison dans l'histoire*. Introduction à la Philosophie de l'Histoire, Traduction de Kostas Papaioannou, París, 10/18, 1965, p. 108.

<sup>33</sup> Maurice Merleau-Ponty, "L'existencialisme chez Hegel" (1948), in *Sens et Non-sens*, París, Ed. Nagel, 1961, p. 109.

<sup>34</sup> Ver la carta a Fouché de 1804 citada en la nota 11.

soberanía del hombre hasta su punto extremo bien merece el calificativo de "dialéctico". Si Sade es moderno después de la Segunda Guerra mundial, es porque su obra revela una razón dialéctica- más comprensiva que el entendimiento -razón analítica- que: "ayuda al hombre normal a comprenderse a sí mismo, ayudándolo a modificar las condiciones de toda comprensión (aide l'homme normal à se comprendre lui-même, en l'aidant à modifier les conditions de toute compréhension)"<sup>35</sup>.

No fué, pues, una revolución concebida "solamente bajo su forma social" (André Breton) lo que ayudó a modificar las condiciones de toda comprensión, e hizo posible pensar la intensidad dramática de los tiempos modernos y la aceleración de la historia, sino una revolución hegelio-literaria. Fue una experiencia literaria a la cual la exigencia sadiana de "decirlo todo" presta su nombre<sup>36</sup>.

Durante once años de cautiverio, desde 1778, hasta la Revolución, primero en "Vincennes" y después en la "Bastille", agoniza un hombre y nace un escritor. Al hombre se lo quiebra rápidamente: reducido a la abstinencia, exasperado por la arbitrariedad del reglamento penitenciario, desconociendo la duración de su encierro, su mente se extravía en delirantes interpretaciones, en una neurosis obsesional que se traduce en celos sexuales para con su mujer y en lo que él mismo denomina los "signaux". En medio de sus quejas, acusaciones, alegatos y súplicas, se repone, sin embargo, intelectualmente. Sus cartas, sobre todo, muestran la sorprendente lucidez de quien reflexiona sobre su propia situación:

"Sí, soy un libertino, lo confieso: he concebido todo cuanto se puede concebir en este género, pero con seguridad no he hecho todo lo que he concebido, y doy por descontado que no lo haré nunca".

Más tarde afirma:

"Mi manera de pensar es el fruto de mis reflexion es, se debe a mi existencia, a

---

<sup>35</sup> M. Blanchot, "La Raison de Sade", in Op.cit., p. 66. Remitiendo a su ensayo de 1949, donde analiza detalladamente la dialéctica que funda la exigencia sadiana de la soberanía del hombre, Blanchot escribe en 1965: "Sade no es Hegel, ni mucho menos. Sin embargo, no veo ningún anacronismo en el hecho de llamar dialéctica, en el sentido moderno de la palabra, a la pretensión esencialmente sádica de fundar la soberanía razonable del hombre en un poder trascendente de negación, poder que él no deja de reconocer en el principio de la más clara y de la más simple razón positiva": "L'insurrection, la folie d'écrire", in Op.cit., p. 75. M. Blanchot no es el único que ve en su carácter dialéctico "uno de los rasgos decisivos de la obra de Sade" (Ibid., p. 74). Con varios matices, y bajo la enorme influencia del curso que dictara A. Kojève sobre la Fenomenología del Espíritu de Hegel, entre 1933 y 1939, G. Bataille y P. Klossowski, entre otros, lo acompañan en su apreciación.

<sup>36</sup> Ver Philippe Sollers, "Le roman et l'expérience des limites" (1965), in Logiques, París, 1968, Ed. du Seuil, Coll. "Tel Quel", p. 234: "...decirlo todo". Tal podría ser también la definición de la literatura".

mi organización. No está en mi poder cambiarla (je ne suis pas le maître de la changer)..."<sup>37</sup>.

Más aún, sabe muy bien que la prisión alimenta su actitud: "Han creído realizar una gran hazaña, lo apostarían, condenándome a una abstinencia atroz en cuanto al pecado de la carne. Pues bien, se equivocaron: me han hecho crear unos fantasmas que alguna vez tornaré en realidad"<sup>38</sup>.

Desde la conciencia desdichada del preso surge la necesidad de la escritura, ampliación y mimesis del deseo insatisfecho de hacer, figura trágica de su pasión por una libertad imposible, que pone al desnudo el mecanismo de la transgresión de la ley. Desde el silencio y la soledad de la prisión irrumpe, en tanto que única revuelta posible, la exigencia irreprimible de la escritura, un poder aterrador de habla que no se agotó nunca más: "LA FILOSOFIA DEBE DECIRLO TODO". Experiencia de los límites, la escritura transforma los límites de la facultad de conocer en condiciones de un conocimiento ilimitado, constituyendo, para retomar unas palabras de G. Bataille, "un no-saber". Al estado moral -los límites de la ley- de la tranquila y siempre razonable Razón positiva de las Luces, Sade opone el estado inmoral de una razón-energía siempre en movimiento que, en su exigencia de exceso:

"...se sabe más razonable que ésta..., ya que ser razonable significa siempre serlo, ante todo, excesivamente"<sup>39</sup>.

Engendrado y concebido en el silencio de la "Bastille" o de "Vincennes", forjado en esas guaridas aisladas que son el tocador de La philosophie o el castillo de Les Cent vingt Journées de Sodome, el habla sadiana estalla tanto más violenta, brutal, radical, inaudita e inaudible, en su carácter de absoluta novedad. El exceso que viven los libertinos, el escritor lo vive, a su vez, creando un mundo ante el cual el mundo "natural" aparece como una suerte de envés irrisorio. Envés de las palabras, envés de las mujeres y de los hombres, envés de las cosas, el universo de Sade es un universo vuelto al revés por la exigencia de DECIRLO TODO. Las imaginaciones eróticas de Sade no encuentran su realización en la práctica, sino en la redacción de un texto. Las diferentes versiones sucesivas de Justine indican la importancia dada por el autor a la elaboración paciente,

---

<sup>37</sup> Tomado de: J. J. Brochier, "Sade à notre horizon", in Magazine littéraire, Op.cit., p. 13.

<sup>38</sup> Marquis de Sade, L'Aigle, Mademoiselle... Lettres publiées par Gilbert Lély, París, Ed. Georges Artigues, 1949, p. 104; tomado de: G. Bataille, Préface à Justine ou les Malheurs de la vertu (1791), París, Jean-Jacques Pauvert éditeur, 1955, pp. XXXV-XXXVI. Subrayado en el texto.

<sup>39</sup> M. Blanchot, "L'insurrection, la folie d'écrire", in Op.cit., p. 73.

incansable, aunque siempre sometida a discusión, de este habla que quiere ser total, irrefutable y definitiva. Figura de la sinrazón, discurso que nació del confinamiento y en el confinamiento, ceremonia perpetuamente vuelta a empezar, la obra de Sade es liberadora en tanto que ética de la reiteración:

"La reiteración da al acto una irrealidad absoluta; el personaje se vuelve engranaje, hombre-máquina. Esta precisión hace pasar el texto al plano de la matemática pura, no de la pintura, donde el lenguaje adquiere una pureza despiadada"<sup>40</sup>

Sade se repite y, sin embargo, cada vez quiere "decirlo todo"; empuja el lenguaje hasta su límite más extremo, hasta lo intolerable, hasta lo indecible.

Más que la moral como tal, la verdadera "víctima" de esta profusión de la repetición y de la búsqueda sistemática del exceso es el Orden clásico y el régimen de la representación. Irónicamente, es una escritura perfectamente denotada, que parece acorde con las exigencias del pensamiento y del conocimiento de los objetos y las cosas denotados por el "discurso" clásico, lo que siembra la confusión en la retórica clásica y hace tartamudear la "Enciclopedia" de las Luces. Si es el último discurso que intenta "representar", es decir, nombrar, sabemos que reduce esta ceremonia a lo más justo, llamando las cosas por su nombre estricto, sin connotación alguna. A fuerza de nombrar las cosas para adquirir un poder sobre ellas -como Eugenia en *La philosophie dans le boudoir*- y de ordenar en estrictas escenas las actividades eróticas -como en *Les Cent vingt Journées de Sodome*-, Sade pone al descubierto la oscura violencia del deseo, que libera al lenguaje de la dinastía de una representación que se significa a sí misma y enuncia, en la serie de sus palabras, el orden dormido de las cosas, es decir, el orden de la Naturaleza. Comentando el famoso "decirlo todo", Marcel Heynaff subraya que:

"es solamente atreviéndose a decir demasiado (trop) que es posible decir todo. No hay más Enciclopedia que del exceso (Il n' y a d'Encyclopédie que de l'Excès)"<sup>41</sup>.

El enciclopedismo, o habla ilimitada, de Sade anula al enciclopedismo de las Luces. La pedagogía de la reiteración y de la palabra exacta subvierte los valores tradicionales de la sociedad y de su cultura al producir una inversión del significado que encubre el significante. La escritura sadiana funda una lengua del deseo, la de los libertinos, que se aparenta con una estética del exceso destructor de toda ilusión realista. Atraviesa la lengua natural de la gente que se juzga honesta, llamando "ladrona" o "criminal" a la joven de

---

<sup>40</sup> Beatrice Didier, Sade. Une écriture du désir, París, Ed. Denoël/Gonthier, Coll."Médiations", 1976, p. 199.

<sup>41</sup> Marcel Heynaff, L'invention du corps libertin, París, Presses Universitaires de France, 1977, p. 72.

conducta ejemplar, y "prostituta" a la mujer virtuosa. Escribir con el único propósito de destruir incesantemente las reglas, las creencias, los "ídolos", que esconden la escritura del deseo; escribir no para expresar o representar, sino para destruir, a la vez, la virtud y el vicio, su complicidad, por medio de un crimen hasta tal punto causa y efecto de sí mismo que ya no pueda ser caracterizado, y que no es otro que la voluntad de "decirlo todo": ¡he ahí el "delito" de Sade! "Decirlo todo" no es la verbalización indefinida y manifiestamente escandalosa de un discurso que pretende siempre referirse a un mundo real o imaginario exterior a él, a una verdad que lo duplicaría, a un sentido que lo precedería; es la dislocación del mundo "natural", la destrucción del universo que rodea al escritor. Menos que la apología explícita del crimen del placer, lo que no le ha sido perdonado a Sade es haber mostrado que el lenguaje no tiene "nada que decir"; es haber denunciado la mistificación de una cultura donde la novela es la manera como la sociedad se dice, la manera como el individuo debe vivirse para ser aceptado por esta sociedad. Ya vimos que el espíritu de negación o de destrucción se identifica, en el sistema de Sade, con la naturaleza. Ahora, si el escritor se vale de esta noción -al igual que de las de hombres y de Dios-, no es para reducirla a un momento del engranaje cuando recibe una cierta realidad y conserva sus privilegios inalienables, sino para someter a pruebas el espíritu de destrucción de la negación. Es porque, como lo afirma el autor de *Les Cent vingt Journées de Sodome*, la infamia debe poder llegar hasta "desmembrar la naturaleza y dislocar el universo". Las contradicciones entre el materialsimo mecanicista del siglo XVIII y el orden que lo justifica no están solamente presentes en la obra de Sade; sin embargo, todo lo que en los filósofos del siglo XVIII queda expresado tímida y marginalmente, en Sade lo encontramos tanto más radicalmente expuesto cuanto que adopta, a veces, una visión mecanicista del mundo que no traduce su pensamiento sincero. Es más, en él la voluntad de "decirlo todo" crea una lengua del deseo que convierte la intachable fidelidad a la naturaleza en una irónica justificación de Rousseau y en una profanación de la naturaleza, que no establecen otra cosa que el rigor soberano de la subjetividad criminal del hombre y de la naturaleza<sup>42</sup>. A partir de esta demostración por lo absurdo de la inanidad de la

---

<sup>42</sup> El situar la obra de Sade en el contexto cultural que la produjo y al que nunca dejó de referirse, permite apreciar la violencia transgresiva de ésta. Dos ejemplos ilustran la voluntad sadiana de desvincular su pensamiento de toda utilización de tipo rousseauiano. Por un lado, despojados de sus referencias al Contrato Social, y a la idea que todos los hombres son iguales -"idea vulgar derivada de una lógica defectuosa, y de una filosofía imaginativa"-, los estatutos de la Sociedad de los Amigos del Crimen invierten las relaciones establecidas por Rousseau entre el hombre, la naturaleza y la sociedad. Fundan la soberanía del hombre no en una existencia natural finalmente recogida por un mundo social, orden arreglado de la felicidad que asegura la armoniosa conciliación de los intereses particulares con el interés general, sino en el rechazo de toda libertad e igualdad naturales. Fundan su soberanía no en el orden de la naturaleza que avasalla al hombre, puesto que éste es radicalmente heterogéneo" (ver Juliette; en su relación con la Naturaleza, el hombre es comparable al vapor que se eleva del licor rarificado dentro de un vaso por el fuego. "Ese vapor no ha sido creado, es un resultante, es heterogéneo"). Fundan la soberanía del hombre en una sociedad que se niega a aceptar cualquier vínculo, y cree que "el hombre no es libre,

filosofía contemporánea y de toda su verborrea sobre Dios, el hombre y la naturaleza, las verdaderas decisiones van a ser tomadas. Si Dios es una invención del hombre, como el resto del mundo, no existe un orden natural y debo instaurar aquí y ahora mi propio orden, es decir, violentar esta naturaleza, cuya existencia es negada por mi mera presencia sobre la tierra. En la medida en que no depende más de Dios que de la Naturaleza -"las causas son tal vez inútiles para los efectos (les causes sont peut-être inutiles aux effets)", escribe Sade en *La Nouvelle Justine*-, le está permitido al hombre tomar sus decisiones en cuanto a la ética ya que nadie, ni nada, puede dictárselas. Ahora, Sade no tomó sus decisiones limitándose a despedir a la Naturaleza, sino sacrificándola a un movimiento ilimitado de palabras que se repite y culmina en su propia denotación; así, el mundo "natural" se transforma finalmente en un texto, y la naturaleza viene a ser su creación. Es más, Sade propone el incesto como única posible condición de la escritura novelesca, y la base en la cual debe insertarse toda la realidad:

"no olvides, dice en su *Idée sur les Romains*, que el novelista es el hombre de la naturaleza, ella lo ha creado para que sea su pintor; si no se convierte en el amante de su madre desde el momento de nacer, no escribirá jamás ni nosotros lo leeremos tampoco..."<sup>43</sup>.

Al conmemorar el bicentenario de la toma de la "Bastille" que, según la opinión de Sade, no habría sido más que un malentendido que él mismo habría originado, vale la pena recordar algunas palabras de una edición de *Justine* publicada en 1946, libro del que afirmaba Jean Paulhan, en su prólogo, que "planteaba una cuestión tan grave que no bastaba un siglo para responder a ella". De hecho, si es preciso destacar la idea que Sade originó el acontecimiento que oficializa el comienzo de la Revolución e instaura la modernidad, es preciso también reconocer la posición que ocupan *Justine* y *Juliette* en el nacimiento de la cultura moderna.

Sade tuvo que esperar algo más de un siglo y medio antes de que el "delito" tan monstruoso que lo arrojara como enfermo mental a una prisión perpetua, llegara a convertirse en lo sublime de la modernidad<sup>44</sup>. Encerrado, a principios del siglo XIX, como loco por haber

---

y que, ligado por completo a las leyes de la naturaleza, todos los hombres se encuentran obligados sin otra alternativa a obedecer a sus impulsos, aún cuando éstos conduzcan a acciones que suelen ser comúnmente consideradas como criminales", in *Julietta*, Obras completas..., Op.cit., Tomo II, p. 127. Por otro lado, la tormenta que se desencadena y el rayo que hiere y consume a *Justine*, al final de la segunda versión, restauran, por un sólo instante, a la Naturaleza su soberanía criminal.

<sup>43</sup> Tomado de: M. Pleyne, "La lectura de Sade", in Op.cit., p. 315.

<sup>44</sup> Recordemos a J. Paulhan, quien se preguntaba, en 1946, viendo a tantos escritores "siempre ocupados en buscar lo sublime en lo infame", si la literatura moderna no se encontraba "determinada por Sade"; ver el texto citado en la nota 30. Los motivos de la

escritos libros, el marqués de Sade reaparece a mitad del siglo XX como el transgresor, el "individuo" aberrante que une el tema de la transgresión con el tema de la escritura, haciendo finalmente recaer la transgresión sobre la escritura. En la perspectiva mitológica, de la revolución literaria<sup>45</sup> abierta por el surrealismo y los trabajos de Bataille, Blanchot y Klossowski entre otros, la década de los sesenta ve en la escritura moderna, y especialmente en la lengua sadiana del deseo, la emergencia de una cultura "post-clásica" en ruptura con las Luces. Esta "verdadera" revolución (Philippe Sollers) que transgrede el principio ético que mantenía a la literatura en una posición de expresión absoluta, y el novelista "revolucionario" (Paul Eluard) que le da su nombre, fueron excluidos por nuestra cultura en la medida en que constituían un contra-discurso que mostraba que el deseo escapa a las leyes de la representación propia del saber de la época clásica, y a las estructuras antropológico-humanistas propias del saber decimonónico y de la primera mitad del siglo XX. La importancia de esta "experiencia de los límites" para la cultura "post-clásica", y el papel decisivo de Sade en el surgimiento del saber moderno, están reflejados y condensados en la siguiente afirmación de Michel Foucault, extraída de su famoso libro publicado en 1966, *Les Mots et les Choses*:

"Sade llega al extremo del discurso y del pensamiento clásico (...) A partir de él, la violencia, la vida, la muerte, el deseo, la sexualidad, van a extenderse por debajo de la representación, como una inmensa capa de sombra que ahora tratamos de retomar, como podemos, en nuestro discurso, en nuestra libertad, en nuestro pensamiento"<sup>46</sup>.

Sade: la prisión, la rebelión, la escritura absoluta. Estos tres componentes fundamentales del individuo que pasó casi treinta años de su vida encarcelado, y del "hombre de letras" -así aparece registrado en el acta de acusación levantada por la "Section des Piques" y

---

crítica sadiana a la razón moderna llegan a las décadas de los 50 y 60, en Francia, a través de Bataille. Para la cultura de los 50 y 60, lo sublime no radica en la práctica del matricidio, sino en la violencia transgresiva del habla sadiana en tanto que abre una posibilidad de responder al deseo de una existencia libre de límites. Solamente la lengua transgresiva del deseo nos permite trascender nuestra finitud. Es en la medida en que la ficción novelesca otorga a la infamia un poder absoluto -el carácter ilimitado de la literatura- y la impunidad, que la lengua de Sade transforma el deseo de Eugenia de matar a su madre, "esta idea sublime" (ver: *La Philosophie dans le boudoir*, Op.cit., p. 110), en una transgresión que constituye lo sublime de la modernidad. sobre el tema de la transgresión y de la literatura, ver: G. Bataille, *La Literatura y el Mal*, Op.cit., p. 44: "Únicamente la literatura podía poner al desnudo el mecanismo de la transgresión de la ley (...), independientemente de un orden que hay que crear... La literatura representa incluso, lo mismo que la transgresión de la ley moral, un peligro. Al ser inorgánica, es irresponsable. Nada pesa sobre ella. Puede decirlo todo".

<sup>45</sup> Ver el Prefacio de G. Bataille a su libro: *La Literatura y el Mal*, Op.cit., pp. 27-28.

<sup>46</sup> M. Foucault, *Les Mots et les Choses*, Paris, Gallimard, 1966, p. 224. Los subrayados son nuestros.

transmitida, el 6 termidor año II, al tribunal revolucionario<sup>47</sup> - que hizo de la escritura la única rebelión posible y eficaz contra las injusticias que privan a los hombres de su libertad individual, tenían que fascinar a un siglo que ha sido profundamente marcado por el universo concentracionario, pero que ha conocido también la rebelión contra lo absurdo, contra la opresión, y las más audaces investigaciones de la literatura. El centro trágico de la vida de quien escapó por pura casualidad a la guillotina de la Revolución es, sin duda, la prisión. Irónicamente, sin ella su existencia hubiera caído probablemente en la objetividad del siglo XIX, y su rebelión, que se manifiesta bajo la forma de una lengua del deseo, no hubiera podido estallar con tanta violencia después de la Segunda Guerra mundial hasta el punto de originar una nueva revolución -literaria- que ayudó a los hijos de Auschwitz a alcanzar la conciencia de sí y a acceder a su propia modernidad. Engendrado y concebido en el silencio y la soledad de la "Bastille", el carácter liberador y revolucionario del habla sadiana revela, pues, el precario equilibrio de nuestra modernidad.

---

<sup>47</sup> Tomado de: G. Lély, Sade, Op.cit., p. 167.